levantamientos de los oprimidos naturales y esclavos, y disputas con la siempre poderosa iglesia, que en una ocasion se venga capitaneando á la plebe para derrocar al representante del rey. El espionaje y la intriga mantienen un constante movimiento en los círculos oficiales, debido en gran manera al justo descontento de los preponderantes criollos, quienes se indignan de la injusta preferencia que se da á los advenedizos inmeritorios de España, y protestan contra el pupilaje humillante en que se les tiene. Los incansables jesuitas son expulsados y la inquisicion se hace mas severa en su vigilancia sobre el pueblo, reprimiendo su inconstancia con los terribles espectáculos de las cámaras del tormento, y de vez en cuando con autos de fé que helaban la sangre de los que los presenciaban.

Con la supresion de la libertad de pensamiento y accion, se relaja tambien el espíritu militar. Así lo aperciben las tribus errantes del Norte y toman una actitud mas amenazante.

Los presidios de la frontera sirven de poco, y ya no se considera humillante que los blancos aplaquen con el tributo á los aborígenes, ántes tan despreciados, ni que transen con las bandas de piratas que infestan las costas del golfo y se pasean por las playas del Sur, descendiendo á veces sobre las puertas y atacando otras á los ricos galeones.

El indolente reposo de la vida de hacienda ha amortiguado el espíritu marcial de los conquistadores. El deseo de aventura no ha muerto con todo; vive todavía, y se da á conocer en los rodeos y las corridas de toros; y hasta en el siglo diez y ocho vemos salir expediciones hácia el Norte para explorar el secreto del Estrecho, que segun se esperaba, aseguraría para España la supremacía en comercio y posesiones territoriales.

Entrando al siglo diez y nueve encontraremos desde luego el período revolucionario, al que conviene dedicar mas atencion que la que hemos dado á la época de

los aborígenes y á la colonial, puesto que constituye el límite entre lo viejo y lo nuevo, entre el despotismo feudal del estado y de la iglesia, y la libertad intelectual y física del desarrollo moderno.

En el nombramiento de Don José Iturrigaray, quién comenzó su administracion en el mes de enero de 1803, se cometió un error lamentable por el rey, ó mas bien dicho por Godoy, que era entónces el ministro favorito. De una familia decente, aunque no ilustre, el nuevo gobernante combinaba en su persona un trato fascinador y una extremada avaricia, pasion que era apoyada por un gran séquito de parientes hambrientos. Notábanse en él dos vicios reprensibles, cuando uno solo habria sido bastante malo—la ostentacion combinada con la falta de honradez.

Sus primeros actos no solo revelaban la primera de las propensiones á que hemos aludido sino que tambien daban á conocer algo de abuso de confianza, política que siguió despues de una manera sistemática, en la que se comprendian la venta de oficios y privilegios, las sociedades con fraudulentos contratistas, y la aceptacion de regalos y cohechos, con el mas alto desprecio de la justicia. Se daban recepciones y entretenimientos oficiales en el palacio por su simpática consorte, con la mira de fomentar la oferta de ricos presentes; y él mismo quiso hacer de la capital el centro del placer y de la disipacion, miéntras que su hijo daba un ejemplo vergonzoso de desenfreno.

Semejante conducta no pudo ménos que apocar la dignidad y autoridad del virey, y el descaro con que cometia los abusos llegó á hacer presumir que hasta el favorito del rey participaba de las ganancias. Entre los actos de su administracion no hubo ninguno que hiciese olvidar su mal proceder.

Era la época de la invasion de los franceses en España, y con la prolongacion de la guerra, los pedidos de dinero y el aumento de las contribuciones hicieron mas pesada la carga. Entre otras medidas se empleó la del secuestro de propiedades pertenecientes á insti-

tuciones caritativas, acto que lastimó la simpatía pública lo mismo que los bolsillos de ricos propietarios, siendo muy general en esa época la costumbre de hipotecar las propiedades en favor de estas instituciones.

Se embargaron bienes cuyo valor se calculaba en nada ménos que cuarenta y cuatro millones de pesos, y esto afectó á todos los intereses del país, á tal grado que solo se pudo realizar un tanto por ciento del valor de la propiedad; y aun la suma que así se obtuvo quedó mermada al pasar por las manos del virey y de sus paniaguados. A estas dificultades se añadió el rompimiento con Inglaterra, y el temor consiguiente de una invasion y de las excursiones de los corsarios, miéntras que en el Norte el pueblo de los Estados Unidos comenzaba á invadir el territorio. Fué necesario, por de contado, levantar tropas y adquirir dinero para defender á la misma Nueva España, todo lo cual produjo mucho descontento.

Entre tanto las cosas habian llegado á tal extremo en España que Cárlos IV. creyó prudente abdicar en favor de su hijo Fernando VII. Este cambio que debia ocasionar la caida de Godoy, no pudo ser agradable á Iturrigaray. Es un hecho que manifestó tanta indiferencia al proclamar al nuevo rey, que muchos la calificaron de traicion.

Pero despues llegó la noticia de la usurpacion del trono por José Bonaparte; y miéntras que la simpatía en el ánimo de muchos sirve para fortalecer la lealtad, el principio tan arraigado de temor y obediencia á la iglesia y la inquisicion tiende á neutralizar en otros todo espíritu revolucionario causado por la introducion de las ideas francesas y la humillacion del realismo, tenido hasta ahora como de derecho divino. No pocos, sin embargo, acariciaban sueños de independencia á falta de un soberano legítimo, y proclamaban sus miras en carteles anónimos entre los cuales habia algunos que pedian una corona para Iturrigaray. Sin duda le gustaba esa lisonja: pero cualesquiera que hayan sido sus deseos, le faltaba la resolucion para acaudillar el movimiento necesario, y prefirió aguardar y disimular.

Hasta aquí se resolvió á seguir la suerte del soberano depuesto, especialmente de Cárlos IV., quien reconociendo los esfuerzos que habia hecho para arrancar contribuciones y préstamos forzosos por una parte, y cediendo á la presion de las circunstancias por otra, graciosamente habia disimulado su avaricia y peculado. Iturrigaray queria, ante todas cosas, conservar el poder, y se manifestó muy complacido de la propuesta que hizo el ayuntamiento de Méjico de que asumiera el gobierno de Nueva España para el rey legítimo, y no lo entregara ni aun á la misma España, miéntras estuviera bajo el régimen extranjero. El atrevimiento de un cuerpo de criollos, como era el ayuntamiento, de disponer del gobierno, causó la indignacion de la audiencia, y cuando el virey le comunicó la representacion la rechazó, como contraria á la ley y al bien público.

Iturrigaray se molestó tanto que llegó hasta proponer su renuncia, sin tener la intencion de hacerla efectiva, sino con el único fin de evitar la discusion. Se rechazó tambien otra propuesta de formar un consejo representativo en el país, á pesar de que era generalmente bien recibida, porque la audiencia consideraba que el proyecto invadia su autoridad, aun mas que un virey independiente.

En medio de estas dudas llegó la noticia del levantamiento en España contra los Franceses; y llevado de su patriotismo, el pueblo recibió con aclamacion el oportuno plan de poner de manifiesto su lealtad, proclamando formalmente á Fernando. Los despachos de José Bonaparte fueron quemados públicamente en Veracruz, en medio de un tumulto. Llegaron despues órdenes de dos juntas distintas establecidas en España exigiendo el reconocimiento de su legitimidad. El virey declaró que en vista de que evidentemente reinaba la anarquía en España, no se podia

reconocer á ninguna por entónces. Resolvió luego por sí mismo, contra los deseos de la audiencia, convocar un congreso que representara á los ayuntamientos del país, compuestos principalmente de criollos. Esta y otras usurpaciones del poder supremo, incluso el levantamiento de tropas, engendró la creencia de que se proponia separarse del gobierno peninsular, y el círculo de españoles contrario á él resolvió derrocarlo.

Gabriel de Yermo, vizcaino de orígen, propietario rico, y amigo de la audiencia, fué elegido jefe de los conspiradores, que en número de trescientos habian tomado el nombre de Voluntarios de Fernando VII., pero que eran mas conocidos con el nombre de Chaquetas, á causa del uniforme que usaban. Estos ganaron á la guardia de palacio, y en la noche del 15 de Setiembre de 1808 lograron sorprender al virey y asegurarlo lo mismo que á su familia. A la mañana siguiente los oidores y otras autoridades lo depusieron formalmente, y poco despues fué enviado á España para penar allí parte del tiempo en la cárcel ó bajo vigilancia, y parte en el destierro, acosado por los procedimientos judiciales, y multado finalmente en gruesas sumas que se sacaban de sus bienes secuestrados.

Hecha la independencia de Méjico, la familia logró recobrar una parte considerable de los bienes embargados, alegando que Iturrigaray habia sido el primero en promover la independencia y habia caido víctima de su celo. Sus contrarios lo creian ciertamente culpable del delito de traicion; pero no hay prueba alguna de que haya hecho otra cosa que dejarse arrastrar por los planes de los criollos, embozados al principio, que se dirigian simplemente contra los invasores de España, aunque indudablemente habrian tenido despues un designio mas radical. Con un poco de tacto, vigilancia, y energía hubiera podido frustrar el plan que se tramó contra él. Esto habría precipitado los acontecimientos, y dado principio á la lucha de independencia años ántes.

Ansiosa de mandar, la audiencia nombró por sucesor de Iturrigaray á Pedro Garibay, brigadier retirado de los reales ejércitos, octogenario acosado por las enfermedades y la pobreza, y hombre que nunca tuvo resolucion de carácter ni marcada habilidad. Por el conducto de este estafermo, los oidores asumieron el gobierno en nombre de Fernando, sin reconocer formalmente á las juntas de España.

Los patriotas voluntarios fueron desbandados, temiéndose que crearan dificultades; y así lo fueron tambien las tropas levantadas por Iturrigaray, procediéndose á formar otros cuerpos en quienes se tuviera confianza para apoyar á los nuevos gobernantes. Los chasqueados criollos, viendo en esto un golpe que se les asestaba, no se avenian á quedar burlados por un puñado de empleados extranjeros. Se creian con derecho á tener voz en el manejo de los asuntos políticos del país, y con este fin comenzaron activamente, aunque en secreto, á formar juntas en que las discusiones pronto tomaron el tono mas decidido en pro de la independencia. En otras partes los emisarios franceses hacian cuanto estaba á su alcance para aumentar el disgusto, y en cada esquina, en las iglesias, y en las casas particulares se veian carteles incendiarios y anónimos que incitaban á la rebelion. Llegaron las cosas á tal extremo que se tuvo que formar una comision especial para juzgar á los traidores y se hicieron aprensiones numerosos de personas, inocentes algunas de ellas; y esto solo sirvió para añadir nuevo combustible al fuego de la indignacion y hacer cundir mas la deslealtad.

En el entretanto las varias juntas de España se habian incorporado en una Junta Central, que en Marzo de 1809 fué formalmente reconocida en la Nueva España; mas á pesar de esto continuó la mala administracion y con ella creció la hostilidad del pueblo, hasta que Yermo y sus patriotas voluntarios hicieron una seria representacion á las autoridades de

España, manifestando la necesidad que habia de que se nombrara un virey enérgico.

Entre otras razones se tuvieron presentes, el empeño que tenia la hermana de Fernando de que se nombrara á su hijo Pedro regente ó lugar teniente del rey; los rumores de que Napoleon intentaba mandar á Cárlos para que gobernase la Nueva España, desmembrando así la monarquía; y la presentacion de otros pretendientes, entre los cuales se encontraba un descendiente indio de Montezuma II. El resultado de la representacion fué el relevo, en 9 de Julio de 1809, de Garibay cuyo nombramiento nunca habia sido confirmado, por el arzobispo Lizana y Beaumont, hombre benigno y de alma conciliadora, y de edad avanzada, que carecia tanto de firmeza como de prevision, y era inepto del todo para semejante puesto, especialmente en época tan borrascosa. Se entregó enteramente á la direccion del oidor Bodega, y del inquisidor Alfaro, quienes cegados por la vanidad y la ambicion, se enredaron en las tramas de los que simpatizaban con la rebelion. Guiadas torpemente por semejantes consejeros, las medidas de Lizana tomaron una tendencia que creó mucho disgusto entre los realistas intransigentes, lo que se le hizo saber dándole á entender que tenian el plan de apoderarse de él ó de asesinarlo, y el resultado fué el alejamiento y persecucion de los mismos hombres qne constituian el baluarte mas firme del soberano.

El resultado de semejante política no podia ser sino desastroso para la corona. En Diciembre se urdió un complot en Valladolid, encabezado por Oleso, capitan de la milicia, para apoderarse de los principales empleados y proclamar la revolucion. Por la indiscrecion de algunos de los conspiradores se descubrió el plan, y fueron aprendidos los jefes; pero tuvieron la fortuna de escapar con un ligero castigo, gracias á los consejeros insidiosos del virey, quienes le aseguraron que las medidas severas solo provocarían mayor hostilidad. Mas á pesar de esto los planes y principios de los conspiradores se habian difundido extensamente, y habia un gran número de cómplices que trabajaban celosamente en la empresa.

Entretanto, el iluso Lizana concentró su atencion en el vago rumor de que los franceses trataban de invadir el país, y se preparó á la defensa con generoso desprendimiento, añadiendo además algunos millones de donativos, pedidos de limosna, á los nueve que poco ántes habia mandado Garibay. Precisamente cuando el pueblo gustosamente cubria estas sempiternas exacciones, llegó la órden de que el virey impusiera un préstamo de veinte millones. Esto acabó con la paciencia de los mas adictos, quienes viendo que su generosidad solo daba orígen á mayores extorsiones, cerraron á su devoto gobernante sus bolsas, á la vez que sus corazones.

Cansados de los errores cometidos por Lizana, los españoles habian procurado que se hicieran representaciones á las autoridades de la madre patria, las cuales dieron por resultado la separacion del prelado del gobierno, á pretesto de su mucha edad y poca salud. La audiencia tomó el mando provisionalmente en Mayo de 1810; pero puso de peor condicion la causa pública, dividiéndose en facciones, una de las cuales favorecia la política de Lizana. En esta misma época el pueblo estaba atribulado por los fuertes huracanes que tuvieron lugar en ámbas costas, y por el ominoso incendio del altar de la vírgen de los Remedios, representante de la devocion española, pues la de los hijos del país se concentraba en la vírgen de Guadalupe.

En Agosto de 1810, llegó el nuevo virey, Francisco Javier de Venegas, teniente general de alta reputacion por su valor y energía; pero de expresion agria y aspecto repelente en el que se reflejaba una disposicion desconfiada, á la vez que cruel. Sin embargo, era desinteresado y tenia dignidad. Sus primeros actos fueron distribuir títulos y otros honores á los realistas prominentes, y pedir mas dinero; ámbas me-

didas desagradaron á los criollos. Entre las concesiones al país en general figuraba un extenso decreto, en que se reconocia que las posesiones americanas no eran ya simples colonias, sino partes integrantes de la monarquía española, con representacion en las córtes de España.

Este cuerpo, suprimido por siglos, se habia revivido, cuando la junta central tuvo que disolverse, en Enero de 1810, para dar lugar á una regencia, compuesta de cinco personajes. La representacion se limitó al principio á un diputado por cada colonia, miéntras que España tuvo treinta y seis. Un decreto posterior anmentó el número de los últimos á uno por cada cincuenta mil habitantes, y los primeros á veintiseis por todas las colonias juntas—vaga asignacion que redujo el número de diputados mejicanos á siete, trasformando así la concesion en una nueva causa de agravio.

Hubo bastantes provocaciones, en verdad, para lanzar á los hispano-americanos casi simultáneamente á una guerra de independencia; pero basta aquí señalar tres de las causas principales: los celos de casta y raza, la exclusion de los empleos públicos, y las restricciones industriales y mercantiles, por no mencionar la mala administracion de jueces y gobernadores, y las exacciones de todo género.

Es de esperarse que al formarse la mezcla de una raza blanca conquistadora con otra de tez mas oscura y oprimida, hayan distinciones resultantes del color y de la posicion, las cuales tienden á producir rencor y desprecio; pero es raro que semejante sentimiento naciera entre españoles coloniales y europeos. He aludido ya á este absurdo en el presente volúmen. La explicacion se encuentra principalmente en la segunda causa, es decir la casi total exclusion de los criollos de los altos puestos, tanto en la iglesia como en el estado, debida en parte á la mejor oportunidad que tenian los peninsulares, hallándose cerca del trono, para solicitarlos; pero principalmente á la disposicion de la corona que desconfiaba de los criollos lejanos y procuraba dominarlos, valiéndose de personas mas íntimamente ligadas con la madre patria. Los criollos sentian tanto mas esta injusticia cuando recordaban que ellos y sus antepasados habian conquistado todo este territorio y estaban desarrollando sus vastos recursos. Así fué que estas enojosas restricciones, que estorbaban toda industria, y que en mucha parte impedian las relaciones comerciales, las sentian igualmente todas las clases.

Aunque los españoles y los criollos estaban ligados por la sangre y por ciertos intereses para oprimir á los indios, que eran el medio productor de la riqueza, sin embargo las causas provocativas que hemos mencionado, sirvieron de vínculo entre los últimos y los demás nacidos en el mismo suelo, y por esto los vemos unidos en mas de una demostracion y levantamiento. En verdad, desde los dias de Cortés se habian concebido algunos proyectos de independencia, cuando venian de España empleados arrogantes é indignos á humillar á los conquistadores, y apoderarse de lo que habian ganado con tantos afanes. Para hacer contrapeso el gobierno procuró avivar la discordia entre las razas, y crear facciones entre los del mismo color; pero á menudo se pasaba de la raya y suscitaba enemistades donde ménos le podian convenir, como en la iglesia. Las medidas que se emplearon para reprimir el sentimiento público aumentaban tambien la malquerencia. Con el influjo de los escritos políticos y morales de los franceses á fines del siglo pasado, las ideas revolucionarias se difundieron mucho y con rapidez. Las guerras europeas obligaron á los pueblos americanos á contar mas con sus propios recursos, revelándoles así cuan grandes eran estos.

Con unas cuantas concesiones hechas á tiempo se habria detenido al partido de los criollos por un período considerable, á no ser por la invasion francesa que dió á conocer la debilidad de España é hizo desvanecer el ambiente de ilusiones que rodeaba á sus monarcas, el

uno destronado por un motin, y el otro por un soldado favorecido de la fortuna. Así se presentó la oportunidad, viniendo á reagravar la situacion los peligrosos antecedentes de la revolucion en Francia, y la independencia de los Estados Unidos, dando mayor impulso la incompetencia y mala administracion de las juntas y autoridades españolas en Méjico.

En el caso de los Estados Unidos del Norte, los colonos ingleses expelieron ó exterminaron á los salvajes de cuyas tierras se habian apoderado, y despues combatieron por su independencia de la madre patria. En Méjico, fueron los mismos naturales los que proclamaron sus derechos; los descendientes de aquellos que habian sido conquistados tres siglos ántes, se levantaron contra los descendientes de sus conquistadores. La independencia de Méjico tenia como base un principio mas elevado y mas sagrado, aunque haya sido alcanzada con ménos éxito. Los anglo-sajones acababan de apoderarse del suelo por que peleaban; el de los mejicanos les habia pertenecido á ellos y á sus antepasados desde tiempo inmemorial. Y el odio que los mejicanos tenian á los españoles estaba tan vivo en esta época, como el dia despues del que Cortés les ocupó la capital.

El espíritu que animó la conspiracion de Valladolid se extendió sobre una área dilatada, por estar diseminados los que la apoyaban; y en Querétaro halló muchos elementos de simpatía. El corregidor Dominguez fué tratado tan injustamente por Iturrigaray, que su lealtad se convirtió en resentimiento; y con el ejemplo de un criollo tan prominente á la vista, habia una hueste de simpatizadores mas que dispuesta á dar rienda suelta á su desafecto. Prontamente se puso en juego el plan revolucionario apoyado por hombres como los capitanes de ejército Allende, Aldama, y Arias, los licenciados Laso y Altamirano, y el cura Hidalgo.

Este último, á quien los acontecimientos vinieron á hacer el caudillo, era hombre de vasta instruccion y

de mucha habilidad en ciertos ramos; su sagacidad solo era inferior á su patriotismo, por lo que se le aplicó el apodo de El Zorro. Despues de una juventud algo aturdida se ordenó de sacerdote, y vino á

HIDALGO.

ser párroco de la rica feligresía de Dolores, en Guanajuato. Parece que este adelanto en su carrera hubo de dejar satisfecha su ambicion, y que desde entónces se dedicó á cultivar su gusto por la agricultura y algunos experimentos industriales, entregándose tambien á estudios filosóficos y científicos, que desarrollaron en él ideas liberales y despertaron sus sentimientos contra la tiranía de los reyes.

Valiente y resuelto, simpático en su presencia y modales, y siendo á la vez sobradamente generoso y benévolo, era un favorito de todos los círculos que frecuentaba, particularmente entre sus numerosos feligreses indígenas. En cuanto á Allende y Aldama ámbos eran valientes y enérgicos, y tenian influencia.